

Canon de un extranjero

Autor
Leonardo Castillo

La Noticia

Un minuto antes de que oscureciera
se inclinó para beber.
Su rostro estaba allí, en el agua,
Mucho más cansado que el suyo.

Tratado sobre precipicios y unicornios

Lamentó no poder compartir con alguien
aquellas brasas que se iban desgranando
antes del viaje.

Después recordaría
la extensa noche y las leguas que anduvo.
En todo el camino no presencié milagros,
ni vio torres ni cosa alguna que se pareciera
al fuego.

Las grandes ausencias

Con los años bebió el orgullo
en su poesía,
hasta que algo le advirtió
que en esa palabra sobraban
muchísimas palabras,
pero en ninguna línea
aparecía la razón del pájaro
o el imperio de octubre en su
provincia,
ni tampoco el murmullo
o el color de los mercados.

A cada uno

Cada uno llevará a su tumba
el automóvil, la chequera,
los viajes a Miami
y la pinacoteca única donde han quedado,
para siempre,
los senos de la mujer que poseyó.
De no ser así
¿Cómo explicar sus vidas?

La curva perfecta

El timbó sabía,
el paraíso sabía,
el fresno también.

Se quedó a conversar con los tres
esperando el ave del anochecer
con su vuelo de oro y en sus plumas
la curva perfecta,
los diminutos arcones
con las semillas del agua.

Al volver dijo a los hombres
todo lo que tenía que decir.
Desde entonces nada es lo mismo,
aunque nadie recuerde su nombre
y todo parezca igual.

Las historias difíciles

Muy arriba las nubes murmuraban
formas de coronas, caballos,
palacios rojos y mujeres inalcanzables.

Las estrellas caían habitualmente
en racimos y espejos, muy arriba.

Muy arriba el poeta cantaba dulces
nostalgias
y nadie se preguntaba qué había
más allá del horizonte.

Solo el puente, muy abajo, después de cada
aluvión sabía lo que cuesta unir y sostener
dos orillas diferentes.

Un gato enorme

Se entiende que en la década del treinta
los capataces fueran como fueron.
Les venía del patrón esa historia de moler
cristianos,
más que nada con ese morocho
de ojos como piedras ariscas
y cabeza de gato.

-Porque ni nombre tenés.

-No, no tengo. A mí me dicen Mate Cosido.

Era una bellísima tarde, y el capataz
se fue de este mundo sin conocer a Mozart.

Qué hacer

Se derrumbó el muro
(vaya a saber qué sabidurías
y qué errores lo mantenían en pie).
En este lado se festejó largamente.
Celebraron ante la mirada de millones
pasados por el hambre,
lo festejaban las tropas que invaden
mi dormitorio y las que hacía tiempo
ocupaban Granada y Panamá.
Se bailó con los cadáveres
(La Gioconda había preparado
el rostro para estos casos)
y en Sudáfrica se transpiraba
degollando negros.
Como las celebraciones y los ritos
se prolongaban escribió un libro
en miles de páginas.

En cada página sólo dos palabras.

*A Ray Robinson, Pascual Pérez
y Alejandro Magno*

La última noche del Rey

Casi ni ves, has aprendido todo el arte pero esta noche no alcanza. El tiempo y los golpes han demolido ese punto que relacionó a tu cabeza con el resto de la arquitectura. En la niebla que cruzan pequeños búhos luminosos no es difícil creer que el triunfo o la derrota es lo de menos, lo difícil es lo otro. La soledad de tus huesos volando a una región desconocida cuando alguien te grita al oído ... nueve.

Agua y Piedra

Chou Shao Lai dejó lecciones de agua y piedra sobre el arte de la defensa personal. Tenía noventa años cuando la muerte comenzó a trepar en los maderos de su cama. Lai estaba preparado. Giró lentamente alejándose del suelo. La muerte, atónita, dejó su oficio cotidiano para observar. Luego la voz de la oscura y la de Chou resonaron espléndidas en el cuarto entre la cordillera y el mar.

El maestro adquiría más rapidez en cada giro, cada vez más alto, hasta que el pájaro y la nada creyeron estar en el último sueño.

Cuestiones de equipaje

Le dijeron que había una sola manera
de evitar la tortura y la muerte.
Tenía que denunciar,
corromper y entregar la palabra
que protegía la luz y el misterio.

Que no se molesten,
no se molesten, dijo.
Un ejército de acero enmudeció
los filos y las puntas –que ya no resplandecían
en aquel ocaso-.

Se arrojó a una fiesta de olas,
de vientos y piedras
desde un acantilado imposible.

Todos sabemos que así salvó aquellas dos cosas, pero nadie puede afirmar que está en nuestra memoria.

Apenas, hablando del olvido,
se puede decir que está en mi memoria.

No hay más

Había planos y había puntas,
había días en que el sol quemaba la tierra
y en otros se escondía.

Había gente pobre y gente rica
y un solo río para nadar un rato.

Canon de un extranjero

De la torre Eiffel
al museo de los impresionistas.

De la torre Eiffel al Louvre.

De la torre Eiffel a un café
en Saint Germain donde se reuniría
con otros exiliados.

Se obliga a esos itinerarios
porque, como dice, nada mejor
que ir de lo bobalicón a la esencia.

Mientras camina va pensando
en su patria.

No hay nave del aire que no tenga
prohibido llevarlo a la Argentina
y hace nueve años que todos los barcos
se han hundido.

Cruza el bulevar

pensando en su patria, siempre
pensando en su patria,
como si fuera cierto que algunas colinas
y aquel valle lo estuvieran esperando.

La Danza y la Luz en Cataluña (Sitges)

A nosotros nos fue negado el saludo,
el vuelo de las garzas, los trenes.
Se nos ha carenciado de paz
borrando un horizonte
que ya nadie recuerda.

En Sitges, tal vez por eso,
nos proveyeron de pan y bacalao,
del aire mediterráneo que escribe
con barcas sobre la luz.

Yo recordaba antiguas parábolas
de peces, las transformaba a mi antojo
y los pescadores de aquella luz sonreían
aplaudiendo
algunos milagros repentinos y pequeños.
Años después, al volver a mi tierra
un viento endemoniado basta y sobra

para derribar la casa,
esparcirla en millones de partículas
y juntarlas en un montón de basura.
Ya se ha hecho tarde para levantar otro
templo.
Por eso tal vez recuerde aquel pueblo de
Cataluña,
donde se baila la Sardana y se hacían
milagros en el bullicio de la feria.

La sed

¿Y si tuviera la certeza
de la montaña o la bahía
para ver más claro,
para intentar la vida
con el trazo y el color que
nadie ha visto?

A esa certeza, alguna vez,
la pude entrever en los bordes
de un silencio preciso:
era la puerta de un ocre
hacia el desierto que alguien
traspasa en las pesadillas,
desierto que se recorre en soledades
rojas y doradas –no recuerdo
ni una mínima piedra donde apoyarme-.
Allí, alguna vez, durante siglos,

nada más que la sed me ha dicho
que estoy vivo.

Y también todo el viento,
llevando de aquí para allá
todo el paisaje
con la obstinada perfección
de la locura.

De aquí para allá,
levantando y fundiendo
torres de arena por el solo hecho
de firmar, al pie del estallido,
con la mano de Van Gogh
al pie de los cuernos.

Figura con caballo

Ese que allí viene
-le dice un molino a otro-
es nada más que palabra,
lo que ofrece es sólo un palio de niebla
o algún espejismo.
La lanza no es una lanza,
la armadura es un cisco
y el escudero un sapo.
Peor aún, le responde un banquero,
es algo mucho más grave:
es un extranjero en su propio mundo.

De silencios y canciones

Su canción es antimilitarista,
su canción escapa del sistema,
su canción jamás olvidó
las otras canciones del prisionero
-las del viejo prisionero-.

Su canción refleja
el alboroto del crecimiento
como si fuera una canción
-está segura que su canción
es materia de pájaros-.

Al estallar su corazón
se preguntó qué canto alumbraría
el próximo sueño y qué oído,
por fin,
lo reconocería.

La tierra, prisionera
de un reflejo infinito, seguía

hechizada el derrotero de los astros.
Allí no había espacio para
esa pregunta -ni para ninguna otra-
desde hacía siglos.

El paredón de los inocentes

El aire de aquí se fue transformando
en una mancha estúpida.

No se merece ni aquellos héroes
ni los trabajos responsables
-cualquier trabajo responsable-.

Hasta en el más olvidado
de los rincones nos amenaza la Carcoma
y en el espacio más abierto
la luz se cae a pedazos.

Los amantes del punto y coma,
de la diéresis y la pregunta,
los que respetan su propia
fatiga y la fatiga ajena,
todos,
están boca abajo, en el
barro, con las manos en la nuca,
esperando que el verdugo
los nombre al despuntar el alba.

¿Señor?
¿Cómo se llaman los responsables
del aire de aquí?

**A veces la guerra comienza en los
andenes (2 de Abril 1982)**

Nada más desierto,
nada más helado,
nada más vacío
que dejar caer el brazo
después de haber despedido el tren
que se lleva todo.

Todos los días

Cada vez que la geografía guerrea,
cada vez que la comarca
sangra y vacila,
cada vez que no ensamblan
en su país la hora del almuerzo
con la gente,
el caballero se enfurece:
Se mendiga él mismo
y de lo que no tiene, y nunca tendrá,
armadura, un libro o cualquier
otra batalla.
Todos los días
-sobre campos minados-
Todos los días.
Todos los días.
Todos los días.
Años y años, y ya con más de setenta,
soñó que debía cruzar una calle,

otra más,
pero un cansancio, más allá del aire y de su
propia sangre
lo impedía.

La Royal como arma de caballería

Como el caballero no creía en fantasmas,
la casa abandonada
no tiene fantasmas,
pero aún se conserva la sombra
que balancea los veranos
y la luz ancha que hace el mediodía.
A pesar de todo algo se inquieta,
todavía, en lo profundo de la casa;
algo que hizo un mundo
-de hielo y fuego-
cuando alguien escribía como si rezara,
antes de encabezar
la última carga con toda la caballería
de un mínima Royal.
A pesar del caballero, y de su deseo
de honrar todas las huellas,
todas,

algo se inquieta allí, en lo
profundo del abandono.

El resplandor al otro lado

Le pareció que en un mundo
con tanto ruido
era absurdo cantar.

Construyó el pequeño navío
y una noche
lo utilizó, tal como
lo había dispuesto, para irse.
Ni siquiera lo atrae el posible
resplandor al otro lado.